

EL PODER MILITAR DE ESPAÑA Y LA EMANCIPACION DE AMERICA



Capitán (R) ELIAS ESCOBAR SALAMANCA

A los treinta y cinco años exactos de producirse la independencia de las Colonias Inglesas en América se insurreccionaron las Españolas; sin duda una de las causas más favorables al levantamiento colonial fue la invasión de las tropas Napoleónicas y el destronamiento de los Borbones.

Para atajar estos movimientos separatistas no había más que dos soluciones:

a) Reprimir el levantamiento por la fuerza de las armas.

b) Conceder la autonomía administrativa y gubernativa necesarias para que los pueblos sintieran y disfrutaran, al menos en apariencia, de cierta libertad y soberanía. Pero la España de 1810 por la incapacidad absoluta de su Gobernante Fernando VII, quien no tuvo la visión y el talento suficientes para encauzar el movimiento, ni mucho menos la fuerza militar para aplastar la insurrección, no pudo controlar la situación.

El antiguo esplendor y poderío de Carlos V y Felipe II se habían extinguido poco a poco en la corruptela y degeneración de sus sucesores, tanto de la Casa de Austria como la de Borbón; España llevaba más de dos siglos mal gobernada; un sin número de vándalos, favoritas y aventureros como el Alemán Nitard, el pícaro Valenzuela, el Abate Italiano Alberoni y el aventurero Holandés Riperdá así como también de Reyes y Reinas extranjeros, habían llevado a la nación a un estado muy lamentable de desgobierno. De aquellos famosos Tercios que habían hecho temblar a la vieja Europa y se habían paseado triunfantes y gloriosos por todo el mundo, solamente quedaban unos mezquinos contingentes de tropas sin instrucción ni disciplina, pésimamente equipados, que eran impotentes para contener a los Polacos y Mamelucos de las vanguardias de Napoleón.

Situación general de la España de 1808.

Para comprender mejor aquella época, es necesario analizar la realidad histórica de un país que se ufanaba de poseer el más vasto y rico imperio colonial, la Península Ibérica, colocada detrás de los Pirineos en medio de tres mares casi sin comunicación con el resto de Europa, al abrigo de sus ideas y sus ejércitos, en medio de una opulencia hereditaria que tenía su origen en los tesoros del Nuevo Mundo, que fomentaba la pereza del pueblo y de sus príncipes bajo un clima ardiente que excita los sentidos más bien que la imaginación podía en efecto adormecerse, enervarse y degenerar una Corte antigua entre un inmenso Clero intolerante para la herejía pero despreocupado en cuanto al vicio, era una nación habituada a mirar la dignidad real con tanto respeto como a la propia divinidad. Si existía en Europa un lugar adecuado para presentar en toda su deformidad el espectáculo de la corrupción de las Cortes, era seguramente allí.

El Rey Carlos IV representaba la imagen y semejanza de esta desdichada nación; pusilánime, perezoso e incapaz de ejercer otro trabajo que el de la caza, miraba como un beneficio del cielo que cualquiera le aliviase del peso de los negocios del gobierno; dominado siempre por una Reina sin pudor, distraída en galantes aventuras como una princesa Romana del bajo Imperio, sometida a un vulgar favorito, el antiguo Guardia de Corps, que gracias a estas aventuras amorosas había alcanzado el pomposo título de Príncipe de la Paz. La desgraciada nación española no pudiendo conceder su cariño a un válido despreciable e insolente, a una Reina impúdica, y a un Monarca imbécil y tolerante, había cifrado todas sus esperanzas en el heredero de la Corona, el Príncipe de Asturias, después Fernando VII, que no

era más digno por sus talentos y cualidades que sus padres del amor de un gran pueblo.

Esta Corte decrepita había conducido al país a un estado muy difícil de describir. No existía ya ni Hacienda en una nación que se enorgullecía de tener las riquezas de México, Venezuela, Perú, Argentina y Nueva Granada, no había Marina, ni Ejército, ni política, ni autoridad sobre unas Colonias prestas a rebelarse. Pero en medio de tanta abyección existía la voluntad férrea de un pueblo fanatizado, orgulloso, valiente y decidido que odiaba al extranjero, que a pesar de la indignidad y cobardía de sus Reyes que se entregaron sin reservas en manos del temible Emperador de los Franceses para que dispusiese a su antojo de la Corona de España, no estaba dispuesta a dejarse sojuzgar. El pueblo soberano se levantó como un solo hombre y con indolente frente con gran coraje y decisión a los invencibles veteranos de Arcola, Rívoli, Marengo, Austerlitz. Tal era la situación de España al iniciarse la invasión Napoleónica en 1808.

Estado Real de la Marina y el Ejército.

Las fuerzas de la Marina de Guerra que en el reinado de Carlos III constituían una de las primeras potencias navales de aquella época, con una poderosa escuadra de 76 navíos de línea y 51 fragatas; magníficamente equipadas con sus dotaciones completas y bien entrenadas, se habían reducido con siderablemente en el gobierno de Carlos IV a causa de la derrota sufrida en Trafalgar en 1805, en donde la flor de la escuadra Franco Española se perdió con la desaparición de sus mejores buques y tripulantes.

En 1808 quedaban solamente en servicio 36 navíos de línea y 20 fragatas en su mayoría mal armadas y equipadas con dotaciones menores incompletas; pero en cambio con un fabuloso

Estado Mayor que no guardaba proporción alguna, cuyo organismo consumía los escasos recursos de que disponía; formaba en él la siguiente dotación de Oficiales: Un Gran Almirante, 2 Almirantes, 29 Vicealmirantes, 66 Contraalmirantes, 80 Capitanes de Navío, 134 Capitanes de Fragata, 12 Intendentes y 11 Comisarios Ordenadores. He aquí a lo que había llegado la Marina de Guerra de una de las naciones del globo, casi tan insular como la propia Inglaterra, con mejores puertos que ésta como El Ferrol, Cádiz y Cartagena; que tenía la misión primordial de asegurar y defender líneas enormes de comunicación y abastecimiento con los extensos dominios de América.

El Ejército: La situación de esta fuerza regular era todavía más deplorable que la de la Marina. Se componía de aproximadamente 8 Divisiones con 58.000 hombres de Infantería; 16.000 de Caballería, 12.000 de Tropas Extranjeras, Suizos e Irlandeses y Walones. La Artillería era muy escasa en hombres y materiales. El arma de Ingenieros, tan importante en la organización de los grandes Ejércitos de aquel entonces, no existía en España. La Infantería era débil, mezquina y mal instruída, reclutada en su mayor parte de la escoria de la población; su organización, copia de la Francesa, agrupaba Batallones, Regimientos y Divisiones. La Caballería formada de individuos mejor escogidos y seleccionados, no estaba completamente montada, ya que la famosa raza de los caballos andaluces tan fogosos y dóciles había decaído notablemente. La Guardia Wallona era la única tropa imponente por su disciplina e instrucción.

Descontando los 15.000 hombres que se habían enviado a Portugal mediante el tratado de "Fontainebleau", el resto del ejército regular de la metrópoli se encontraba diseminado por todo el país empleado principalmente en perseguir

contrabandistas y malhechores, ya que no existía Guardia Civil o Gendarmaría para estos menesteres. Todo aquel personal de guerra mal alimentado, vestido y equipado, rara vez pagado, sin emulación, espíritu militar ni instrucción era un cuerpo sin alma. En él como en la Marina el Estado Mayor devoraba casi todos los recursos. Se componía del siguiente personal de Oficiales: Un Generalísimo; 5 Capitanes Generales; 127 Mariscales, 87 Generales, 250 Brigadieres y un sin número de Coroneles.

De estos grados unos eran efectivos, otros provisionales y en gran parte honoríficos como el de los Mariscales que no ejercían mando alguno. Esta era la Fuerza Militar que tenía que enfrentarse al Ejército mejor organizado, mejor instruído y mejor mandado de la época, acostumbrado a vencer en todas partes.

El destronamiento de los Borbones y sus consecuencias.

Las continuas súplicas y humillaciones de la Corte de Madrid, que emulaban en la más servil de las bajezas por parte de Carlos IV como del heredero Fernando, ante el todo poderoso Napoleón, obligaron a éste, sin descartarlo seguramente, a mezclarse cada día más en los asuntos internos de aquel país. Por otra parte la retaguardia Francesa amenazada con el desembarco de tropas Inglesas en Portugal a órdenes de Wellington, determinaron la decisión del Emperador de invadir la Península Ibérica con un ejército de 100.000 hombres. Sin embargo la presencia de estas tropas no fue propiamente lo que produjo la reacción masiva del pueblo Español; lo que excitó las pasiones hasta el paroxismo originando la indignación general de aquel gran pueblo escarnecido y afrentado, fue el destronamiento de sus Reyes y la imposición de un Monarca extranjero en la persona de José Bonaparte,

hermano mayor de Napoleón. Este inmenso error, fue de consecuencias fatales para el porvenir de Bonaparte; subestimar la calidad del pueblo y apreciarla por el comportamiento de sus gobernantes, constituyó sin duda su máxima falta militar y política.

El pueblo solo, por su propio impulso, privado de la asistencia del Gobierno, tomó por su cuenta la dirección suprema de la guerra. En todas las Provincias se formaron Juntas Revolucionarias que asumieron de inmediato el control Militar, fusilando a la mayoría de los más altos Jefes del Ejército. En Cádiz fue asesinado el Capitán General de Andalucía Don Francisco Solano, Marqués del Socorro, e igual suerte corrieron otros eminentes Militares, como el General Don Francisco Biedma Gobernador y Comandante de Badajóz y Conde de la Torre del Fresno, y el General Fabro. El único Militar de Escuela importante que salvó su vida de la ira popular, fue el Capitán General don Francisco Javier Castaños quien inmortalizó su nombre

en la Batalla de Bailén. Así quedó el Ejército Regular totalmente desvertebrado, sin Jefes ni mandos idóneos, a órdenes del populacho que empuñó las armas sin distinción de clases. Las consecuencias de esta trágica, gloriosa y singular campaña merecen un estudio aparte ya que sus resultados incidieron fundamentalmente en la guerra de Emancipación Americana.

Si los Españoles sacudieron el yugo de la dominación Francesa en 6 años de gigantesca y desatinada lucha, los americanos del sur, logramos el mismo objetivo en los 10 años subsiguientes a esta gran campaña que constituyó la base de nuestra Historia Militar.

Nota Bibliográfica:

M. A. Thiers Historia del "Consulado y el Imperio", con documentos auténticos relativos a la composición de la Marina y el Ejército. Archivo del Louvre.

Don José Terreros, Blánquez Fraile y El Padre "Mariana". Historia extensa de España.

aceite

el
Purísimo

aceite nuevo
y super refinado como no
se había fabricado en Colombia.

...y es más barato
cuando Ud. devuelve el envase
de cristal al expendedor.